

Capítulo 1

28 de abril de 1990

Estaba a punto de caer la noche en un sábado de primavera que se había hecho eterno. Chelo y Pedro miraban orgullosos su nueva casa. Después de varios días de mudanza por fin habían conseguido acabar de colocar cada cosa en su sitio.

Cuando eran jóvenes y terminaron de estudiar, Pedro no tuvo más remedio que irse a una ciudad grande para buscar trabajo y Chelo renunció a todo por acompañarla. Aún así siempre habían tenido claro dónde querían estar y en el momento en el que Pedro recibió la oferta de traslado no dudaron en volver al pueblo donde se habían criado y donde realmente estaba toda su vida. Él había conseguido un importante puesto en el Ayuntamiento y ella no tendría problemas para obtener una plaza de profesora en la escuela donde había estudiado de niña. Los dos se miraron sabiendo perfectamente que el otro también estaba recordando todo lo vivido años atrás. Se sonrieron y se abrazaron sintiéndose más felices de lo que lo habían sido en mucho tiempo. Y así se quedaron un rato largo, plantados en medio del salón, abrazados, y orgullosos de su nuevo hogar.

En el piso de arriba Daniel no lo tenía tan claro. Sus padres le habían contado que allí podría jugar libremente en la calle y eso le hacía muchísima ilusión. Sin embargo no le entusiasmaba demasiado haber tenido que dejar a sus amigos y mucho menos tener que empezar en un colegio nuevo. Miró alrededor. Su habitación nueva era mucho más grande que la antigua y eso le gustaba. Además todos los muebles eran nuevos y

tenía más espacio para colocar sus juguetes y sus libros. Hacía un rato que había terminado ya de ordenar todo y, aunque le costase un poco admitirlo, él también se sentía muy orgulloso de su nueva habitación. Sin duda lo que más le gustaba era la ventana abuhardillada. Cogió su silla, la acercó a la pared para subirse en ella y se asomó por la ventana. Lo único que alcanzaba a ver eran algunas casas y muchísimos árboles. Abrió un poco la ventana y llenó los pulmones del aire fresco que entró por la rendija. Daniel se animó un poco pensando que tal vez sería divertido vivir en aquel pueblo. Al fin y al cabo sus padres crecieron allí y parecía que lo habían pasado muy bien. Con este pensamiento decidió finalmente bajar al salón para reunirse con ellos. Además era la hora de cenar y se moría de hambre.

Al día siguiente eran apenas las diez de la mañana cuando Nerea entreabrió ligeramente sus ojos azules y vio que la persiana dejaba entrar unos rayos de sol que iban a parar directamente a su póster de La Sirenita. Desde la cocina, situada en el piso de abajo, llegaban diferentes sonidos seguramente amortiguados por una puerta cerrada. Nerea se restregó los ojos, se desperezó y se levantó de la cama con sus preciosos rizos rubios todos enredados. Se puso sus zapatillas rosas, cogió al Señor Cito, su ratón de peluche, y bajó la escalera todavía restregándose los ojos. Cuando llegó a la cocina abrió la puerta y dentro vio a sus padres, ambos ataviados con un delantal, moverse muy deprisa de un lado para otro partiendo verduras, batiendo huevos y fregando platos. Nerea se quedó allí un rato observándoles hasta que por fin se dieron cuenta de su presencia.

- ¡Anda, si la princesita de la casa se ha levantado! –Joaquín cogió a su hija en brazos y le dio un beso-. ¡Buenos días!

Elvira se acercó a ellos y también besó a la niña. Joaquín la soltó en una de las sillas que rodeaban la mesa y se dispuso a prepararle el desayuno: un tazón de leche con cacao y unos cereales. Mientras desayunaba, Nerea no podía dejar de mirar a sus padres que parecía que eran incapaces de estarse quietos. Cuando hubo acabado se quedó sentada un buen rato más, observándoles sin decir ni hacer nada por miedo a desconcentrarles. Nerea no entendía qué ocurría; nunca había visto a sus padres tan agitados.

- Bueno, pues esto ya está. La tarta tiene que estar una hora en el horno y después meteremos el pollo –sentenció Elvira, satisfecha con el trabajo realizado, mientras Joaquín terminaba de fregar algunos cacharros.

La mujer miró el reloj y vio que eran ya casi las once.

– Será mejor que empecemos a arreglarnos –dijo a la vez que cogía a Nerea en brazos para llevarla a la bañera. Después le ayudó a vestirse y le recogió la melena en una coleta sujeta con un lacito azul.

Un par de horas más tarde sonó el timbre. Elvira, emocionada, casi corrió a abrir la puerta. En el otro lado apareció una pareja que saludó efusivamente a los padres de Nerea. Ella, medio escondida detrás de Joaquín, se fijó en el niño que los acompañaba. Era moreno e iba peinado con la raya al lado. Tenía los ojos oscuros y vestía un pantalón corto y una camiseta. Cuando Daniel vio que Nerea le miraba le sacó la lengua, a lo que Nerea respondió poniendo morros.

Joaquín se dio la vuelta y dio la mano a Nerea. Hizo que avanzara un poco y se la presentó a la pareja, aunque ella no estaba muy convencida de querer conocerlos.

- Mira hija, son unos amigos de mamá y papá. Cuando éramos pequeños jugábamos siempre juntos. Se llaman Chelo y Pedro.

La pareja sonrió a la niña que contestó con un tímido “hola” y volvió a esconderse tras las piernas de su padre. Joaquín no pudo evitar reírse.

- Su hijo se llama Daniel. Tiene nueve años –añadió Elvira con dulzura tratando de animar a su hija a salir de su escondite. Sabía que Nerea era bastante tímida con la gente a la que no conocía, pero una vez que cogía confianza era una niña muy simpática.

Un momento después estaban los seis sentados en el salón. Los dos matrimonios charlaban sin parar, recordando todas las aventuras que habían vivido juntos antes de que Chelo y Pedro tuvieran que irse del pueblo. Reían, se ponían serios y volvían a reír a carcajadas. “¿Os acordáis de ese día que...?” era la frase que más repetían.

Nerea estaba sentada en la alfombra jugando con el Señor Cito y Daniel leía un cómic que se había traído de casa escondido bajo la camiseta.

- Bueno, creo que va siendo hora de comer –propuso Elvira al darse cuenta de lo tarde que se había hecho.

A todos les pareció muy buena idea y salieron al jardín para dar buena cuenta del pollo asado, las patatas y la ensalada. Durante la comida no se detuvieron las anécdotas y las risas. Tenían muchas cosas que contarse y muchos momentos que rememorar. Nerea miraba a Daniel de reojo mientras comía. Él a veces la pillaba observándole y le

sacaba la lengua. Cuando acabaron de comerse la tarta, Chelo propuso a Daniel que fuera a jugar con Nerea.

- ¡No pienso jugar con ella! Es muy pequeña, sólo tiene seis años –refunfuñó él.

- ¡Yo no soy pequeña! –se defendió Nerea.

Elvira acarició el pelo de su hija y se le ocurrió una idea: - ¿Por qué no le enseñas tu casita del árbol?

- ¿Tienes una casa en un árbol? –preguntó Daniel bastante interesado.

- Sí, me la ha hecho mi papá –respondió Nerea muy orgullosa.

Daniel se levantó de su silla y se acercó a donde estaba Nerea.

- Perdón por llamarte pequeña. ¿Me enseñas la casa?

Nerea se lo pensó un poco pero enseguida asintió con la cabeza, se levantó de la silla con el Señor Cito en la mano y echó a correr por el jardín seguida de Daniel.